

Peregrinación internacional - 100 años de Schoenstatt

Eucaristía en la Basílica de San Pedro

26 de octubre de 2014

H o m i l í a **Versión autorizada** **Card. Francisco Javier Errázuriz**

Queridos hermanos y hermanas en la alianza de amor,

Hemos escuchado las palabras con que Jesucristo nos estaba esperando en la basílica del Papa, su Vicario como Pastor de la Iglesia Universal. Nos ha llamado a vivir y anunciar la alianza de amor con su Madre, peregrinando por el camino que él abrió mediante su hijo sacerdote, el P. José Kentenich. Nos esperaba para enviarnos, recordándonos el mandamiento más importante, que está en el corazón de la Alianza: el mandamiento del amor.

Dios nunca nos habría mandado que lo amáramos a él con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, si no hubiera colmado nuestra alma con la experiencia de su inagotable amor, de su infinita misericordia. San Juan nos lo señaló de manera indudable: “amamos a Dios, porque él nos amó primero”. Es la verdad que nuestro Santo Padre, el Papa Francisco, no se cansa de repetirnos, emocionado por la experiencia más importante de su vida y de la nuestra. Siempre Dios nos “primerea”, nos ama primero, sin cansarse de perdonarnos y de encender nuestros corazones para que lo amemos a él y amemos a todos sus hijos.

Llegamos a esta grandiosa basílica, que también es nuestra casa, después de haber vivido jornadas inolvidables. Hemos celebrado simultáneamente cien años del santuario original, cien años de alianza con la Madre tres veces admirable de Schoenstatt, cien años de nuestra Familia, cien años de la espiritualidad que nos une y que alimenta nuestro encuentro con Cristo, con el Padre de los cielos, con el Espíritu Santo y entre nosotros, como asimismo nuestra fidelidad a la Familia de Dios y nuestra vocación misionera. Hemos celebrado cien años del paso audaz del siervo de Dios, el P. José Kentenich, que lo convirtió en nuestro padre y fundador.

No podremos olvidar las celebraciones litúrgicas que hemos vivido en estos días festivos, ni las introducciones a ellas, tan significativas, ni las

homilias que motivaron nuestra participación fecunda en las Eucaristías. También recordamos la gran peregrinación de los jóvenes, trayendo apresuradamente el fuego desde el santuario de Pompeya, en recuerdo de la relación que la Providencia quiso establecer entre la acción sanadora y renovadora de la Sma. Virgen en ese santuario de Italia y en los santuarios de Schoenstatt en el mundo entero.

Nos ha sorprendido la gran fecundidad del torrente de gracias que brotó en ellos durante estos cien años de vida y de misión. ¡Cómo nos inspiró para avanzar por los caminos del Evangelio! También había hecho brotar innumerables iniciativas y proyectos. Con mucha admiración los hemos conocido en los días pasados. Desde la alianza, que impulsa a generar una cultura, ellos han florecido tanto en la pastoral familiar y juvenil, como en proyectos y realizaciones pedagógicas, en numerosas iniciativas sociales, económicas y artísticas, y en otras valiosas aportaciones del carisma para bien de toda la Iglesia, entre ellas, la gran campaña de la Virgen Peregrina.

Gracias a Dios no nos olvidamos de pedir perdón por tantos errores y mediocridades en estos cien años; por ingratitudes e indiferencias, por pecados contra la fe y la esperanza, contra nuestra vocación a la oración, al servicio, a la magnanimidad y a transformar la cultura mediante el Evangelio. Pedimos también perdón por las dolorosas heridas que le inferimos a la comunión y a la colaboración entre nosotros.

Pero en nuestra celebración ha primado sobre todo la gratitud y la alegría. Por ejemplo, al constatar que la juventud del movimiento no sólo tiene espíritu creativo, sino que es portadora del fuego santo, con el amor a la Mater y al Fundador, y con el entusiasmo y el espíritu misionero de los primeros. Ha sido tan profunda la vivencia de la fraternidad propia de una verdadera familia, que el tiempo vivido ha sido calificado como horas de paraíso, anticipo de la alegría y la paz del cielo.

¿Y cómo podríamos dejar de agradecerle a Dios y de responder a su amor tan sabio como poderoso, sabiendo que la fundación de la familia no fue un invento genial de un ser humano? Fue el Señor de la Vida y de la Historia quien tomó la iniciativa y le entregó al joven padre pallottino José Kentenich algunos signos de su proyecto de amor, en el claro oscuro de la fe, para señalarle su voluntad sabia. Dios quería convertir la capillita en un lugar de gracias, en una escuela de santos, en un nuevo Tabor en que se manifestase la grandeza de María. Quería que se multiplicaran los milagros de gracia en un santuario que fuera cuna de una nueva espiritualidad, de un gran amor a la Iglesia y de mucho espíritu misionero. Es la gratitud que traemos a esta celebración litúrgica, sabiendo que en cada Eucaristía celebramos el origen de nuestro agradecimiento: la nueva y eterna alianza

que Jesucristo selló con su sangre, abriéndonos el camino hacia la resurrección.

Nuestra Eucaristía tiene lugar en esta basílica, que lleva el nombre del primero entre los apóstoles, de san Pedro. Bajo el altar mayor reposan sus reliquias. Fue llamado a ser Roca de la nascente Iglesia, y sin que obstara su fragilidad, Jesús le pidió que apacentara a todas sus ovejas. Aquí fue martirizado, dando testimonio de su amor fiel y de su ímpetu misionero. En su corazón vivía el lema de nuestro centenario: tu alianza, nuestra misión. La nueva alianza que Jesús había sellado en el Calvario, fue su misión y es la nuestra. Es más, sigue siendo su misión, también esta mañana cuando nos acoge en su casa, nos acompaña, e intercede por nosotros.

La Basílica de San Pedro, su santuario en Roma, es también la casa de sus sucesores. ¿Cómo no recordar aquí a San Juan XXIII, que acogió la inspiración del Espíritu de convocar un concilio? Desde aquí el Concilio Vaticano II miró al mundo con simpatía, valorando en él la creación y los dones de Dios. Desde aquí proclamó que la Iglesia es un misterio de comunión misionera, el Pueblo de Dios en el cual todos sus miembros están llamados a la santidad y al apostolado, y del cual la Virgen María es su imagen. Necesitábamos este clima de comunión, y la búsqueda de una manera cercana para evangelizar en los tiempos modernos. El espíritu y las conclusiones del Concilio le abrieron las puertas a grandes teólogos y fundadores; también al nuestro.

Nos acoge desde el cielo el beato Papa Paulo VI, quien quiso que nuestro padre continuara su labor fundadora. Ciertamente recuerda la promesa que el padre fundador le hizo por amor a la Iglesia el 22 de diciembre de 1965: Nuestra Familia lo ayudaría a realizar las conclusiones del Concilio. Estamos aquí renovando esa promesa.

También nos acoge el santo Papa Juan Pablo II. En más de una oportunidad se refirió a nuestra familia, a la alianza de amor, al santuario y al padre fundador. Él nos invitó a vivir el espíritu de los orígenes con fidelidad creadora, atentos a los signos del tiempo, y nos recordó que la vinculación interior y espiritual con la persona del fundador y la fidelidad a su misión son fuente de vida vigorosa para la misma fundación y para todo el Pueblo de Dios.

En esta gran basílica, no podemos olvidar al querido Santo Padre emérito, Benedicto XVI. Seguramente él espera de nosotros que ofrezcamos a Dios en esta hora santa decisiones que determinen, en comunión con otros carismas, el curso de la historia. Con preocupación señaló que la cultura occidental se ha abierto a corrientes secularistas que tratan de apartar a Dios

de la cultura y la vida pública, negando las raíces de esta cultura que provienen del Evangelio, y haciendo de la fe cristiana una realidad meramente subjetiva, sin relación ni con la verdad ni con la moral; menos aún con la legislación.

En la nueva etapa de la Familia que iniciamos, con ilimitada gratitud asumimos nuevamente aquí, en el corazón de la Iglesia, la tarea de colaborar en la Nueva Evangelización, y así a la salvación de la misión salvífica de Occidente, y de cada cultura que acoge el bautismo con la decisión de vivir como María, discípula y misionera de Jesucristo, para que los pueblos tengan vida en Cristo.

En efecto, le agradecemos a Dios la gracia de tener una viva conciencia de la relación entre el amor a Dios y el amor al prójimo -y así de la importancia de los vínculos naturales y sobrenaturales. Esto nos ayuda a cultivar una visión creyente de las cosas y las personas, descubriendo con la mayor transparencia su relación existencial y profunda con la Causa primera. Nunca queremos olvidar que cada persona fue creada a imagen y semejanza de Dios, y que en cada mujer podemos encontrar la corona y el cetro de María. La fe práctica en la Providencia Divina nos une día a día con Dios, Padre y Señor de la Historia.

En verdad, la decisión de no alejar a Dios de la vida la alienta la persona y la misión de la Sma. Virgen, tan natural como santa, tan cerca del dolor como de la alegría y la gratitud, tan contemplativa de las maravillas de Dios, y tan capaz de aplaudir sus iniciativas, bajando del trono a los poderosos y elevando a los humildes, tan de su casa como esposa del carpintero, y tan habituada a vivir en el hogar de la historia sagrada de su pueblo y de la misericordia de Dios, tan cerca de nosotros en sus santuarios.

El Santo Padre Francisco, que nos envía, lleva en su corazón las conclusiones de la Conferencia general del episcopado de Latinoamérica y de El Caribe, celebrada junto al santuario mariano de Aparecida, y las considera un don para toda la Iglesia. Ella nos invita a peregrinar a los lugares de encuentro con Jesucristo, y entre ellos subraya la importancia de ir a ese lugar vivo de encuentro con él que es su Madre, María, que también en la actualidad sigue siendo la colaboradora y compañera de Jesucristo en la obra de la redención. Además, invita a todos los cristianos a ser misioneros, compartiendo la enriquecedora experiencia de haberse encontrado con Cristo. Nos invita a compartirla “por desborde de gratitud y alegría”.

Impresiona constatar la conducción del Espíritu Santo en esta etapa de la historia. Impulsó a los Obispos reunidos en Aparecida a iniciar una nueva

época de la vida de la Iglesia, sacándola en América Latina de su letargo misionero, para transformarla en una Iglesia “en estado de misión”. Poco después inspiró al Cónclave para que eligiera Sumo Pontífice al Papa Francisco, quien nos escribió, en su primera exhortación apostólica, que quiere invitar a toda la Iglesia ‘a una nueva etapa evangelizadora’, a una nueva etapa marcada por la alegría del Evangelio, y por participar en el dinamismo de una ‘Iglesia en salida misionera’. Y también nosotros, al celebrar el primer centenario de la fundación, hemos reconocido la acción del Espíritu de Jesucristo, que nos invita a entrar ‘en una nueva etapa de nuestro Movimiento’, con la cruz de la misión en nuestro interior y en nuestras iniciativas. Ella nos impulsa a fundar nuevamente la Familia con fidelidad creadora, tomando plena conciencia de nuestro compromiso misionero, y de ser un carisma para el bien de toda la Iglesia; un carisma unido a todos los carismas apostólicos que el Espíritu Santo le regala a la Familia de Dios, y en colaboración con todos ellos, conforme al espíritu y la misión de San Vicente Pallotti.

Nuestra ilimitada gratitud es el alma de nuestro compromiso, del camino a la santidad misionera. Porque Dios nos amó primero, y porque lo que más queremos es acoger su amor, lo amamos a él con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, y amamos todo lo suyo, prolongando el amor de Cristo y de María a toda la creación, pero sobre todo a sus hijos.

En la nueva etapa de la historia que iniciamos, queremos comprometernos. Asumimos las preocupaciones del reciente Sínodo. Nos comprometemos especialmente con aquellos que viven con alegría su alianza conyugal, y con los que la viven con gran dificultad, por estar más aislados, sin arraigo ni en una familia ni en Dios, ni en un trabajo ni en una casa, tampoco en grandes valores. Animados por las palabras del Santo Padre, queremos preparar y acompañar alianzas matrimoniales. Estamos dispuestos a colaborar, cultivando el don de los santuarios hogares, para que todas las familias sean iglesias domésticas. Queremos ayudar a que quienes han tenido la dolorosa experiencia de la ruptura matrimonial, encuentren en nuestros santuarios y en toda la Iglesia una familia que los acoge y acompaña. Asimismo queremos trabajar más en la construcción de un nuevo orden social, promoviendo la pastoral juvenil y los proyectos sociales que se inspiran en la misericordia de María, la servidora de Caná de Galilea y la compañera fiel junto a la cruz.

Ayer tuvimos el esperado encuentro con nuestro Santo Padre, el Papa Francisco. Hoy celebramos esta Eucaristía en su Basílica. En la audiencia que nos concedió nos ha manifestado la gran esperanza que pone en la entrega de todos nosotros, como miembros de un movimiento de renovación

que irradia la alegría del Evangelio, y que acepta la invitación de Jesucristo de salir a todas las periferias para que los pueblos y todas las personas sean discípulos suyos.

En su reciente exhortación apostólica nos decía: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. (...) Éste es el momento para decirle a Jesucristo: ‘Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo’.” Es cierto, aquí estamos para renovar la alianza.

La alianza con Jesús y con María no sólo nos une y transforma; también nos envía. Siempre imploramos en el santuario la gracia de vivirla como alianza apostólica. Desde el comienzo nos hemos llamado “Movimiento apostólico de Schoenstatt”. Todas las ramas de la Familia quieren vivir su vocación con conciencia misionera. Es más, para pertenecer a la Unión o Federación apostólica o a un Instituto hay que asumir la responsabilidad de trabajar apostólicamente en todos los ámbitos a nuestro alcance. Realmente nuestra misión nos pide que seamos una Familia arraigada en el santuario, pero al mismo tiempo una Familia misionera, una Familia en salida con toda la Iglesia.

Como expresión y camino de nuestra colaboración con la misión del Papa Francisco, no podemos olvidar la alianza de amor que vivió nuestro fundador con la Iglesia y sus Pastores. Precisamente en Roma bendijo el lugar en el cual se alzaría un santuario. Sea el santuario de Belmonte, unido al santuario Cor Ecclesiae, una fuente de gracias para que esta alianza, en el segundo siglo de nuestra historia santa, despliegue toda su fecundidad.

Nuestros anhelos, súplicas y propósitos los ponemos con el pan que va a ser consagrado sobre la patena. Queremos compartir, con espíritu misionero, nuestra experiencia vivificante y gozosa de alianza con Dios, con la Virgen y con Pedro, para que en la Iglesia despierte una primavera misionera, y juntos configuremos una cultura nueva, fruto de la alianza.

Que en este segundo centenario de vida de la Familia, Dios nos conceda la gracia de una gran fidelidad a la alianza de amor con nuestra Madre y Reina, formando innumerables santos misioneros para gloria suya y bien de toda la Iglesia. Amén.